

ALFREDO POUILLY

Macizo, carentón, con una abundante cabellera negra –dicen que se la teñía-, con un fuerte acento francés –que no le incomodaba para nada porque dominaba el castellano – infatigable, hasta el último día: así recordamos muchos al Padre Alfredo Pouilly: una especie de tractor, capaz de tirar cualquier coloso que se le acoplara, fuera la Comisión de Liturgia, la Parroquia de San Francisco Solano, o lo que fuera, sin perder un minuto, sin necesidad de instalarse, ¡al tiro!

Colaboramos muy de cerca, después del Concilio, en la preparación de los nuevos textos litúrgicos. Colaboramos, es talvez mucho decir. Él lo hacía todo y yo... escribía los prólogos. Alguna vez incluso él se encargó también del prólogo y lo editaba, bajo mi firma.

Fui a verlo un día para darme cuenta de cómo trabajaba. Me imaginaba un vasto escritorio, archivadores ordenados, computadores de última generación. ¡Nada de eso! Todo estaba debajo de la cama y, de día, sobre la cama. Y no se equivocaba nunca. Archivos y computadores funcionaban a la perfección, pero dentro de su cabeza, ordenada e infalible.

Entró con entusiasmo en la reforma del calendario litúrgico y en la admisión de nuevos santos. Quería que dentro de lo posible todos tuvieran un santo patrono, aunque se llamaran Duncan, Jennifer o Britney. “Todos estos santos, se quejaba Monseñor Vicuña, liturgista también pero mas conservador, son canonizados por Pouilly”.

Pouilly pensaba, decidía, explicaba y realizaba. Y la gente lo seguía porque veían su trabajo, su prolijidad, su entusiasmo, su entrega. Pocos sacerdotes en Chile han trabajado como él. Era un leñador. Y era también un cedro del Líbano, difícil de derribar.

Yo lo vi derribado. Pálido, inexpresivo, totalmente ido, en su cama de hospital. Ningún tratamiento daba resultado. Era como si ya se hubiera

ido a gozar de Dios y hubiera dejado atrás un cuerpo extenuado. Ya había cortado las amarras que lo ataban a este mundo.

Así como, medio siglo atrás, había cortado las amarras que lo ataban a su familia, a su patria. Rara vez recordaba a su ciudad natal, Arras, en el Artois, en el norte de Francia, la ciudad de Robespier –le gustaba decir -. Quizás ya nadie allá lo conocía, después de tantos años, o talvez vagamente, el recuerdo de un misionero que había partido a Chile para servir a Dios. Un misionero que hizo mucho bien, que nos dio un buen testimonio y a quien recordamos con gratitud y cariño.

+ Bernardino Piñera C.,
Arzobispo Emérito de La Serena